

DEJANDO ATRÁS SHABAZZ*

Mientras que el rico repertorio de música y canciones producido por los afroamericanos durante el último siglo ha quedado en gran medida registrado y su valor es reconocido en todo el mundo, no se puede decir lo mismo de su oratoria, que compartía las mismas raíces y reflejaba emociones parecidas: la esclavitud, la segregación y la prisión generaban resistencia, cólera, amargura y a veces resignación. Hasta mediados del siglo xx fueron muy pocos los discursos que quedaron escritos o registrados por otros medios; aun así, tuvieron un enorme impacto cultural e histórico. En la primera mitad del siglo los mayores oradores afroamericanos fueron quizá W. E. B. DuBois y Marcus Garvey. De la generación posterior, Adam Clayton Powell, el congresista independiente elegido en Harlem, podía electrizar a su audiencia. Ésa es la tradición en la que hay que situar al activista de la década de 1960 Malcolm X. Fue su capacidad para articular instintivamente ideas políticas la que le ganó una audiencia que iba mucho más allá de las filas de los convencidos. En primer lugar y sobre todo, fue uno de los mayores oradores que han producido nunca los Estados Unidos.

Malcolm X encarnaba todas las energías y muchas de las contradicciones de la actividad política de los afroamericanos en Estados Unidos a mediados del siglo xx. Hacia el final de su vida, trágicamente corta, comprendió mejor que muchos que eran barreras estructurales y sistémicas las que mantenían a la mayoría de los afroamericanos por debajo del nivel de la pobreza y les negaban la igualdad racial y política, un siglo después de una guerra civil supuestamente emprendida para liberar a sus antepasados de la esclavitud. En un discurso en abril de 1964 señaló que, si Lincoln –irónicamente calificado como «aquel gran y brillante liberal»– hubiera liberado a los afroamericanos, «no necesitaríamos hoy una legislación sobre derechos civiles». La filosofía y el enfoque político de Malcolm X, así como sus creencias religiosas, fueron cambiando durante los últimos cinco años de su corta vida hasta acabar trágicamente asesinado en febrero de 1965 por asesinos de la Nación del Islam, que actuaban por orden de su profe-

* Manning Marable, *Malcolm X. A Life of Reinvention*, Londres y Nueva York, Allen Lane, 2011.

ta Elijah Muhammad y del secretario nacional John Ali, muy probablemente agente del FBI.

La nueva biografía deconstructiva de Malcolm X escrita por Manning Marable muestra todo esto con vívidos detalles. Marable, un ensayista e historiador socialdemócrata que murió en abril de este año, pocos días antes de que se publicara su libro, era una voz muy respetada entre los intelectuales afroamericanos y más tarde en todo el mundo académico. En sus anteriores libros y ensayos sobre la liberación negra, especialmente en el agudo análisis *How Capitalism Underdeveloped Black America* (1983), empleó muchas armas del arsenal marxista. Su tono es algo diferente en *Malcolm X: A Life of Reinvention*: «Desde muy pequeño —escribe Marable— Malcolm Little se había dotado de múltiples máscaras que distanciaban su yo interno del mundo exterior [...]. Adquirió los instrumentos sutiles de un etnógrafo, elaborando su lenguaje para que se adecuara al contexto cultural de sus diversas audiencias». Observando las diversas identidades que adoptó durante su vida —desde Detroit Red hasta El-Hajj Malik El-Shabazz—, Marable asegura que «ninguna personalidad particular lo captaba totalmente. En este sentido su historia es una serie brillante de reinenciones, de las que “Malcolm X” sólo es la más conocida».

Marable no ha sido el primero en relatar la vida de Malcolm X; la autobiografía de éste, escrita en colaboración con Alex Haley, apareció a finales de 1965, pocos meses después de su muerte. Desde entonces se han publicado media docena de biografías, aparte de la película de Spike Lee protagonizada por Denzel Washington; pero la de Marable es la primera que se beneficia del acceso a su correspondencia personal, fotografías y textos de sus discursos en posesión de sus herederos. Marable trabajó en el libro durante casi dos décadas, y sólo pudo completarlo, como reconoce generosamente, gracias a la ayuda de su esposa y colaboradora Leith Mullings, profesora de Antropología; un gestor del proyecto, casualmente musulmán, y un equipo de investigadores y estudiantes posgraduados de Columbia. El producto final es quizá demasiado extenso y necesitaría algunas correcciones, pero gran parte de la información recopilada no había aparecido hasta ahora en forma de libro. Algunos datos son francamente superfluos, pero otros arrojan nueva luz sobre su asesinato y proporcionan detalles de la vida personal de Malcolm X que éste omitió cuidadosamente en su propia autobiografía, y que también estaban ausentes de la película de Spike Lee basada en ella.

Los hechos básicos de su vida son bien conocidos: nació en Nebraska en mayo de 1925, pero pasó la mayor parte de su infancia en Michigan. A los seis años perdió a su padre, Earl Little, Sr., muerto en un accidente de automóvil que a muchos les pareció sospechoso en aquella época y que Marable sugiere que pudo ser obra de los supremacistas blancos de la localidad. Su madre, mestiza procedente de Grenada, se esforzó por alimentar y vestir a sus siete hijos; en 1939 sufrió una crisis nerviosa y fue internada en un hospital psiquiátrico, donde pasó los siguientes veinticinco años. Malcolm y sus hermanos tuvieron que ingeniárselas para sobrevivir, ayudándose mutua-

mente. En 1941, tras ser expulsado de la escuela, se trasladó a Boston para vivir con una hermanastra. Pasó los años de la guerra entre Boston y Harlem, alternando una serie de empleos menores y la venta de drogas, hurtos y proxenetismo. Acabó como cabía esperar en prisión, recibiendo una sentencia de ocho años por una cadena de robos, y pasó desde 1946 hasta 1952 en el sistema penal de Massachusetts. Fue allí donde descubrió en 1948 la fe, tal como la exponía una secta político-religiosa, la Nación del Islam. Esto cambió su forma de vida en muchos aspectos: significó el adiós a la carne de cerdo y al alcohol, las drogas y el tabaco. Además, como explica Marable, la Nación del Islam «exigía a los convertidos que rechazaran sus apellidos de esclavo, sustituyéndolos por la letra X». Malcolm, autodidacta, adquirió en prisión la costumbre de la lectura, que nunca lo abandonó. Sus preferencias eran eclécticas: el Corán se convirtió en un importante punto de referencia, pero también hurgó en Hegel, Nietzsche y Kant, así como en la historia de su pueblo y de África, el continente de donde provenía.

Pero sería equivocado suponer que su entrada en la política se inició en prisión. En años posteriores recordaba retazos de conversaciones que había oído en casa y cuando acompañaba a su padre a reuniones políticas. Earl Little, Sr., había nacido en Georgia en 1890; los recuerdos de la Guerra Civil y de lo que se les había prometido pero nunca concedido permanecían muy vivos en las comunidades afroamericanas del Sur. Además, como señala Marable, las décadas de 1920 y 1930 fueron un periodo de resurgimiento del supremacismo blanco. El Ku Klux Klan, que originalmente consistía apenas en unos cuantos grupos violentos de «vigilantes» amargados, había resucitado tras la Primera Guerra Mundial al aumentar el desempleo, junto a oleadas de xenofobia dirigidas no sólo contra los negros sino también contra todo tipo de inmigrantes «no europeos», católicos, judíos, anarquistas y comunistas. En 1923 el Klan reinventado contaba con más de dos millones y medio de miembros, muchos millones de simpatizantes y una notable base tanto en el partido republicano como en el demócrata.

Muchos ciudadanos negros, observando con alarma esos acontecimientos y su evolución, se aproximaron a los movimientos nacionalistas y separatistas negros, aunque otros prefirieron trabajar con la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP), una organización gradualista e incondicionalmente integracionista dirigida por el conservador Booker T. Washington. Entre esas alternativas, Earl Little, Sr., optó por el separatismo, uniéndose al movimiento Regreso a África del jamaicano Marcus Garvey, quien había emigrado a Estados Unidos y, ante el racismo imperante y las leyes «Jim Crow» que regulaban la segregación, había decidido responder creando la Asociación Universal para la Mejora de los Negros (Universal Negro Improvement Association, UNIA) y la Liga de Comunidades Africanas. Inventó toda una teología y se proclamó a sí mismo presente provisional de África, distribuyendo ridículos títulos entre sus acólitos: duques de Uganda, caballeros del Nilo, etc. Según Marable, uno de los factores decisivos del éxito de Garvey fue su «abrazo entusiasta al capitalismo» y la libre empresa. El problema era que el éxito material quedaba reservado para los blancos, por

lo que los negros debían «regresar» al continente africano y tratar de crear allí su propia versión del sueño americano blanco; para facilitar el proceso, Garvey creó una compañía naviera, la Black Star Line; en el frente político mantenía que, dado que el KKK era el «gobierno invisible de Estados Unidos» y representaba las opiniones reales de la «América blanca», la UNIA debía abrir negociaciones directas con él; después de todo, ambos se oponían a las relaciones sociales y sexuales entre blancos y negros (una tradición que mantendría la Nación del Islam). La cumbre entre Garvey y el Gran Brujo Edward Clarke enfureció a muchos de sus seguidores, que abandonaron la organización; los cabecillas del servicio de seguridad de Garvey los persiguieron y mataron al líder de los disidentes.

Los padres de Malcolm, que se habían aproximado en Montreal a los círculos de Garvey, permanecieron leales a éste, trasladándose desde Omaha a Milwaukee y más tarde a Lansing para organizar allí una junta de la UNIA; su activismo les trajo consecuencias desagradables: en 1929, cuando Malcolm tenía cuatro años, el hogar de la familia fue atacado con bombas incendiarias; el departamento de bomberos se negó a acudir en su ayuda y la casa ardió hasta los cimientos. En aquella época el garveyismo iba declinando: en 1927 su líder había abandonado Estados Unidos pero no para trasladarse a África sino a Jamaica y más tarde a Gran Bretaña, donde murió en 1940. En su obituario C. L. R. James, que detestaba la política de Garvey, trató de explicar su atractivo para las masas negras:

Entre los negros era tan profundo el sentimiento de maltrato y humillación, y él los alentó tanto, que le dieron todo lo que tenían, un año tras otro, esperando que Garvey realizara algún milagro. Nunca se produce una revolución hasta que las masas han alcanzado ese pináculo de exaltación, cuando perciben una visión de una nueva sociedad, y eso es lo que Garvey les dio.

James insistía en las cualidades oratorias de Garvey, juzgándolo «uno de los mayores oradores de su época [...] sin formación, pero con los versos de Shakespeare y la Biblia en la cabeza era un maestro de la retórica y la inyectiva, capaz de gran efecto emocional e intensidad dramática». Y proseguía:

Cualquier revolucionario del tres al cuarto que ha hablado con negros en las cafeterías y que conoce en esa medida la cuestión negra puede señalar los errores y absurdos de Garvey y cree que así realiza una gran contribución al conocimiento. Pero, más que en todas las tesis de la Comintern, la base por la construcción de un movimiento de masas real entre los negros descansa en un estudio detallado de esa primera gran erupción del pueblo negro.

Con el colapso del garveyismo, muchos de los miembros del movimiento cambiaron de táctica. Algunos de ellos se convirtieron en organizadores sindicales, socialistas y comunistas; otros se pasaron a la NAACP, que a su vez había adoptado una dirección más radical desde la muerte de Washington. Los seguidores más religiosos de Garvey optaron por diversas sectas musulmanas que se estaban activando en el país y reclutando con el

argumento de que el cristianismo era la religión de los propietarios de esclavos. El hecho de que la mayoría de las iglesias fueron segregadas subrayaba su mensaje.

Cuando Malcolm conoció a algunos miembros de la Nación del Islam en prisión, mucho de lo que descubrió en ellos ya era para él un territorio familiar, aunque su teología era aún más inventiva que la de Garvey. El informe de Marable sobre las sectas musulmanas y su impacto sobre la comunidad afroamericana es el más detallado hasta la fecha, ocupando casi 250 páginas. La historia de la Nación del Islam, tan vital en la formación de Malcolm, se puede resumir como sigue: el inspirador del movimiento era un fantástico excéntrico llamado Wallace D. Fard –más tarde añadió Muhammad a su nombre– que se reveló a su entorno como profeta a finales de la década de 1920. El mito fundador que ofreció para el culto era risible pero tremendamente serio en su propósito: alentar el orgullo negro. En el «ritual secreto de la Nación del Islam» y otros textos, Fard aseguraba que los afroamericanos pertenecían a la «tribu perdida de Shabazz» y habían sido vendidos como esclavos por los comerciantes de La Meca en el siglo xvii. Debían por tanto «recuperar» su religión musulmana original, aprender el árabe, etc. La raza blanca, en cambio, estaba formada por «diablos», producto de un experimento químico llevado a cabo por el imaginario científico Yacub, de la tribu de Shabazz. Hace siglos esos diablos blancos escaparon del control de Yacub y conquistaron el mundo; los negros «asiáticos» habían caído en un profundo sueño, pero la Nación del Islam los despertaría y restauraría su orgullo. El hecho de que tales cuentos pudieran ser tomados en serio por seres humanos inteligentes indica la situación desesperada en que se encontraban los afroamericanos en aquella época. En agosto de 1931 Fard pronunció una conferencia en Detroit a la que acudió Elijah Poole, un trabajador en hornos de ladrillos de Georgia, quien, hipnotizado por la labia del predicador, se acercó a él y le expresó su entusiasmo: «Sé quién eres, eres el Mahdi (Redentor)». «Así es –fue la modesta respuesta de Fard–, pero no se lo digas a nadie. Todavía no ha llegado la hora para que me dé a conocer». Aquél fue el auténtico momento fundacional de la Nación del Islam. Después de que Fard desapareciera misteriosamente en 1934, Elijah Muhammad se convirtió en su profeta, y después de unas cuantas escisiones inevitables se vio convertido en el líder indiscutible de la secta.

Tras salir de prisión, el dinamismo de Malcolm y sus dotes naturales como orador lo llevaron rápidamente a la cúspide de la organización; al cabo de un año tenía su propio templo en Harlem. Se convirtió en el principal lugarteniente de Elijah Muhammad y muchos lo veían como su sucesor. La capacidad organizativa de Malcolm igualaba a su oratoria y la Nación del Islam se expandió, pasando de ser una pequeña secta a un movimiento arraigado en las principales ciudades. En 1947, según Marable, tenía menos de 400 miembros, y menos de 1.000 en 1953; pero a mediados de la década de 1950 eran ya 6.000, y en 1961, en un enorme salto, llegaban a 75.000. Sin embargo, nunca pudo equipararse a la NAACP, que en 1939 se había convertido ya en una organización de masas con un cuarto de millón de miembros; en

1943 tenía ya medio millón, y el doble en 1947, cuando la totalidad de la población negra rondaba los 15 millones. Ese crecimiento reflejaba la fermentación social de un periodo durante el que se produjeron las mayores movilizaciones obreras en toda la historia de Estados Unidos. El ascenso de la Nación del Islam tuvo lugar en cambio durante la década de 1950, un periodo de riqueza en el que se alcanzó prácticamente el pleno empleo pero también de derrota para los afroamericanos, que permanecían social y políticamente marginados. El orden político conservador blanco-segregacionista creaba las condiciones para un separatismo negro conservador. Al igual que Garvey antes que él, Elijah Mohammed alentaba el capitalismo negro para crear un espacio comercial negro, y también, por supuesto, ganancias para su organización y su familia.

Sus estudios y viajes suscitaron un cambio en las opiniones de Malcolm. Harlem era el más cosmopolita de los enclaves negros de Estados Unidos, y la gente de allí era muy escéptica con respecto a la cháchara con la que la Nación del Islam pretendía explicar el mundo. El propio Malcolm, cada vez más inseguro al respecto, comprendió que el Islam es una religión universalista, y que aquella versión que excluía a parte de la humanidad por el color de su piel sólo tenía sentido en la imaginación enfebrecida de los conversos a la Nación del Islam. Malcolm X fue desarrollando sus propias explicaciones para las divisiones en la comunidad afroamericana, que resultaban convincentes para los más pobres, hartos de ver cómo sus líderes más tradicionales se humillaban ante la Casa Blanca. En enero de 1963 pronunció un discurso demoledor ante más de un millar de estudiantes de la universidad estatal de Michigan, en el que ofrecía una distinción entre «el negro de casa y el negro de campo»:

El negro de casa solía vivir cerca de su amo. Se vestía como su amo. Se ponía la ropa ajada de su amo. Se alimentaba de lo que su amo dejaba sobre la mesa [...]. Cuando su amo enfermaba, el negro de casa se identificaba tanto con su amo que decía: «¿Qué pasa, amo, estamos enfermos?» [...]. Los negros de casa eran una minoría comparados con los negros de campo, que eran la inmensa mayoría. Cuando el amo caía enfermo, rezaban para que se muriera. Si se producía un incendio en su casa, rezaban para que se levantara viento y alimentara el fuego.

Como indica Marable, aquél fue un discurso importante en muchos aspectos y marcó una ruptura pública con la insensatez de la tribu perdida de Shabazz y los orígenes árabes de los afroamericanos. Los negros, afirmaba ahora Malcolm, eran africanos, pura y simplemente africanos. Aquel discurso sentó las bases del panafricanismo que iba a caracterizar cada vez más sus últimos años de vida.

Aunque se iba apartando de la Nación del Islam, seguía siendo leal a Elijah Muhammad, por más que se irritaran los aduladores de éste por las libertades que Malcolm se tomaba. El asesinato de Kennedy dio lugar a la primera disensión pública. En un discurso en Nueva York, Malcolm X ha-

bló de los asesinatos que había organizado el gobierno estadounidense, incluidos los de sus propios aliados en Vietnam del Sur. La muerte de Kennedy —explicaba a una audiencia enfervorecida— ha tenido lugar «una semana antes del Día de Acción de Gracias», añadiendo: «Aunque en mi casa nunca tuvimos pavo, siempre había algún motivo de alegría ese día». Desde el cuartel general de la Nación del Islam en Chicago, Elijah Muhammad y el secretario nacional John Ali, agente encubierto del FBI, hicieron pública una retractación en la que expresaban sus condolencias por la muerte de Kennedy y apartaron temporalmente a Malcolm de la organización, a la que de hecho nunca volvería. Aunque le disgustara aquella suspensión, también debió de sentirse aliviado: le estaba resultando cada vez más difícil justificar la política de la Nación del Islam cuando debatía con otros líderes o militantes negros. Una cosa era denunciar a los colaboracionistas como Tíos Tom, y otra la negativa de la Nación del Islam a participar en el movimiento por los derechos civiles y sus acusaciones contra Martin Luther King y otros activistas, que le parecían indefendibles.

En marzo de 1964 Malcolm X anunció su ruptura con la Nación del Islam y su intención de crear su propia organización. De hecho creó dos: la «empresa» Mezquita Musulmana —una alternativa directa a la Nación del Islam— y luego, en junio, un segundo grupo con un referente más amplio llamado Organización de la Unidad Afroamericana. La elección de ese nombre estaba claramente influida por el viaje durante un mes a África y Oriente Medio que había hecho aquella primavera. En abril cumplió con la visita a La Meca; según Marable, el igualitarismo de los peregrinos de todos los colores le supuso una «epifanía» que le indujo a pensar que el separatismo negro no era la única solución a los problemas de raza. Lo que Malcolm X vio en África, por otra parte, aportó mayor sustancia a sus nuevas opiniones políticas. Poco después de su regreso, pronunció una conferencia en la que establecía un paralelismo entre el dominio colonial europeo y el racismo institucionalizado en Estados Unidos: la policía de Harlem era como el ejército francés en Argelia, «un ejército de ocupación». Como observa Marable, «por primera vez aludió a la conexión entre la opresión racial y el capitalismo». Según decía, los afroamericanos debían emular las revoluciones china y cubana, señalando también que «todos los países que están emergiendo hoy día del colonialismo se orientan hacia el socialismo. No creo que eso sea accidental».

Malcolm X realizó un viaje más largo a África, de julio a noviembre de 1964, visitando varios países en los que se reunió con diversos intelectuales y figuras políticas. En Egipto habló en la conferencia de la OUA y se entrevistó con Nasser; en Ghana se reunió con Shirley DuBois y Maya Angelou; en Tanzania, con Abdulrahman Mohamed Babu y Julius Nyerere; en Kenia, con Oginga Odinga y Jomo Kenyatta. La dimensión internacional fue decisiva en sus pensamientos durante sus últimos meses. A mediados de diciembre invitó a Che Guevara —presente en Nueva York para participar, con un célebre discurso, en la Asamblea General de las Naciones Unidas— a una asamblea de la Organización de la Unidad Afroamericana; Guevara no asistió, pero envió un mensaje de solidaridad: «Vivimos en un

mundo revolucionario y en una época revolucionaria», dijo Malcolm X a la audiencia, y prosiguió:

Yo, por ejemplo, desearía convencer, especialmente a los que se llaman a sí mismos líderes, de la importancia de apreciar la relación directa entre la lucha de los afroamericanos en este país y la lucha de nuestro pueblo en todo el mundo. Mientras pensemos –como dijo uno de mis buenos hermanos hace un par de domingos– que deberíamos enderezar el Misisipi antes de preocuparnos por el Congo, nunca enderezaremos el Misisipi.

El hecho de que muchos de los primeros miembros de la Organización de la Unidad Afroamericana provinieran de la Nación del Islam fue utilizado por Elijah Muhammad y muchos de los enemigos de Malcolm X en la Nación del Islam para presentarlo como un «traidor». Decidieron asesinarlo, como él sabía que acabarían haciendo. En diciembre de 1964 vino a pronunciar una conferencia en Oxford. Después lo acompañé caminando al hotel Randolph, donde nos acomodamos y hablamos durante una hora. Al despedirnos, le expresé mi esperanza de que volviéramos a encontrarnos. Él sacudió la cabeza: «No creo que lo hagamos». ¿Por qué? «Creo que me matarán muy pronto», dijo con calma. «¿Quién lo va a matar?» Su única duda era si sería la Nación del Islam o el FBI, o ambos de consuno. Me explicó que su ruptura con el separatismo y su intención de establecer alianzas con los grupos blancos progresistas lo convertían en una figura peligrosa. En febrero de 1965 tres asesinos de la Nación del Islam lo asesinaron en una asamblea de la Organización de la Unidad Afroamericana en Nueva York. Tres años después fue asesinado también Martin Luther King, poco después de romper con los demócratas y de decidir presentarse como candidato independiente a las elecciones presidenciales y, en los años posteriores, el FBI organizó el asesinato sistemático de los líderes y activistas de los Panteras Negras.

El mayor mérito del texto de Marable es la enorme cantidad de información que proporciona. Todo está ahí, aunque a costa de interrumpir a menudo la narración. Detalles de la vida personal de Malcolm X –su desgraciado matrimonio, sus parejas masculinas en prisión– estorban lo que es esencialmente una biografía política. El énfasis en la Nación del Islam no está totalmente desencaminado, pero le concede demasiado espacio, a expensas de cualquier discusión del contexto sociopolítico general, tanto en Estados Unidos como en el mundo, en el que operaba Malcolm X. El resultado es tristemente desequilibrado: los acontecimientos que configuraron su continua evolución intelectual –el asesinato de Lumumba y la subsiguiente crisis en el Congo; la guerra de Vietnam; el ascenso de una nueva generación de activistas negros y blancos en Estados Unidos, entre los que estaba el propio Marable– son mencionados sólo de pasada. Es una pena, porque en términos históricos su importancia supera con mucho la de las cifras de asistencia a diversos mítines de la Nación del Islam o las luchas sectarias a las que dedica tanta atención Marable. También desliza algunas comparaciones absurdas entre la Nación del Islam y los musulmanes chiíes, así como ciertas referencias un tanto burdas al islam que quizá habría sido

mejor excluir. En sentido contrario, el libro se podría haber beneficiado de un estudio comparativo de las diferentes sectas, blancas y negras, que proliferaron en Estados Unidos durante los años de entreguerras; la Nación del Islam no era la única: los mormones, cienciologistas, adventistas del séptimo día y testigos de Jehová obtuvieron un notable arraigo en aquella época y siguen gozando de influencia todavía hoy.

Marable resume en un epílogo el legado de Malcolm X, tratando de contrarrestar las ideas «revisionistas» de que en sus últimos años hubiera ido «evolucionando hasta convertirse en un reformador liberal integracionista». Argumenta acertadamente que Malcolm X no tenía nada que ver con la «acción afirmativa» y que lo que pretendía era una «reestructuración fundamental de la riqueza y el poder en Estados Unidos». Siempre exigió que los negros de clase media se comportaran responsablemente con respecto a las masas de afroamericanos pobres o de clase obrera. Marable contrasta el destino póstumo de Malcolm X y Martin Luther King: mientras que este último ha sido santificado por la clase dirigente como un mártir de la «América ciega hacia el color» y homenajeadado en una fiesta anual oficial, Malcolm X fue puesto en la picota y ridiculizado por los medios de comunicación de masas, por más que siguiera siendo «un icono del estímulo negro» para la juventud afroamericana. Marable trata a continuación de comparar a King con Obama, distinguiendo a Malcolm de ambos, lo que no deja de ser a la vez triste y grotesco. King fue asesinado por su oposición a la guerra de Vietnam. Nunca volvió la espalda a la suerte de los afroamericanos. La razón por la que rompió con el Partido Demócrata fue para unir a los negros con los blancos contra la guerra y por la justicia social. El expediente de Obama habla por sí solo. Malcolm X habría arremetido contra él por incrementar la guerra en Afganistán y extenderla a Pakistán, donde miles de civiles han sido víctimas de los ataques de aviones no tripulados. Le habría recriminado su papel servil ante Wall Street, mientras la clase obrera estadounidense, blanca y negra, sufre niveles crecientes de desempleo y privaciones sociales. Sus palabras en la universidad estatal de Michigan en 1963 sobre «los negros de casa y los negros de campo» son aplicables todavía hoy, como muchos van entendiendo a su costa.

Marable sugiere que la elección de Obama implica que la visión de Malcolm X habría tenido que «redefinirse radicalmente» en un ambiente político que parece ser «posracial». Pero él podría preguntar a su vez por qué en 2011 el número de afroamericanos encarcelados en las prisiones estadounidenses es el mismo que el de la población esclava en 1860, y por qué, pese al ascenso de figuras como Clarence Thomas, Colin Powell, Condoleezza Rice o el propio Obama, los negros permanecen en el escalón más bajo de la escala social. Malcolm X no era tan prisionero del sueño americano como para pensar que llevar a un hombre de piel oscura a la Casa Blanca bastaba para cambiar las estructuras fundamentales de la riqueza, la raza y el poder.